



Refugiados: cuando la violencia supera a la condición humanitaria

POR ROMINA SARMIENTO Y LUCIANA MICHA

Romina Sarmiento. Politóloga y docente de la UBA, actualmente está culminando su maestría en Derecho Internacional de los Derechos Humanos. Directora Nacional de Cultura Cívica en Derechos Humanos. Realizó experiencias de trabajo de campo en Medio Oriente (Israel/Palestina-Turquía). Estudió inglés, francés y árabe y escribe sobre temas internacionales, especialmente sobre Derecho Internacional Humanitario.

Luciana Micha. Politóloga y docente en la Carrera de Ciencia Política (UBA). Coordinadora Nacional de Derecho Internacional Humanitario. Fue Asistente del Área Operaciones de Paz y Voluntariado Humanitario en PNUD. Es socia fundadora y actual vicepresidente de "Asociación Cascos Azules". Participó de estudios de posgrado en el exterior sobre Misiones de Paz y resolución de conflictos. Fue la primera directora general de Cooperación para La Paz del Ministerio de Defensa.

Las imágenes de un hospital devastado en Aleppo. La de un niño que yace de bruces en la costa del mediterráneo. Una familia que corre por las vías del tren en la estación de la capital de Bulgaria. Una ciudad devastada por las bombas. Un aeropuerto en ruinas como consecuencia de un atentado. Un padre e hijo dando el último abrazo antes de partir. Una barca que se hunde. Un rescatista con signos de impotencia en sus ojos.

Todos los días parecería que el amanecer en Medio Oriente está sesgado por una catástrofe, un atentado o una imagen conmovedora. Y sin embargo, desde el inicio de la guerra civil en Siria en el año 2011 nada parece haber impactado lo suficiente en las retinas de televidentes, comunicadores, periodistas y funcionarios de gobierno de uno y otro lado del mundo como para que algo cambie. La guerra en Siria comenzó en el año 2011. Para muchos sirios las primeras imágenes también se dieron por televisión, luego los proyectiles, bombas y estruendos fueron parte de la realidad "en vivo y en directo". Somos observadores pasivos quizás conmovidos unos instantes porque luego volvemos la atención a nuestra realidad cotidiana, pero la amenaza, las pérdidas y el sufrimiento siguen allí y se incrementan.

Eliminar la violencia es empezar a entender y transmitir la magnitud de un conflicto sin precedentes: nunca antes hubo tanta gente perseguida o expulsada de sus hogares. En el último informe de ACNUR¹, más de 60 millo-

nes de personas han huido de sus tierras de origen. La guerra civil en Siria ha desplazado más personas que cualquier otra crisis. También en los últimos meses se ha producido la mayor cantidad de ataques y bombardeos sobre las ciudades e incluso se han atacado hospitales y tiendas sanitarias, provocando la muerte de niños, médicos y personal voluntario. En varias oportunidades organizaciones internacionales que actúan en estos centros de conflicto como Médicos sin Fronteras, Cascos Blancos y hasta el propio Comité Internacional de la Cruz Roja han advertido sobre la escalada bélica que limita toda posibilidad de sostener y aumentar la ayuda humanitaria en la ciudad.

EL DERECHO HUMANITARIO COMO ¿LÍMITE?

¿Pero es que acaso no existe ningún límite o regulación para "las reglas de la guerra"? Por supuesto que sí: existen, a través de lo que se conoce como Derecho Internacional Humanitario, una serie de normas que buscan limitar los efectos de los conflictos armados protegiendo a las personas que no participan en las hostilidades o que han decidido dejar de participar en el enfrentamiento, y restringir y regular los medios y métodos de guerra a disposición de los combatientes. Este conjunto de reglas y normas ha sido reflejado en los Convenios de Ginebra de 1949 y sus protocolos adicionales y lo más llamativo es que ha sido ratificado por 196 países (entre los cuales figuran Rusia y Estados Unidos y la propia Siria, principales

▶ actores en el conflicto). Cabe preguntarse entonces qué es lo que protege a las víctimas y por qué se hace tanto esperar una respuesta de la comunidad internacional frente a esta incesante masacre. La política internacional tiene sus motivaciones e intereses, pero por sobre todo debería darle igual consideración a los límites que la intervención militar dispone.

Las normas del Derecho Internacional Humanitario pretenden evitar el sufrimiento humano en tiempos de conflictos armados. A su vez, también limitar o prohibir el uso de ciertos métodos de guerra, pero no determinan si un país tiene derecho a recurrir a la fuerza, tal y como lo establece la Carta de las Naciones Unidas. Estas normas son de obligatorio cumplimiento tanto por los gobiernos y los ejércitos participantes en el conflicto como por los distintos grupos armados de oposición o cualquier parte participante en el mismo.

Concretamente, a través de los postulados de los Convenios de Ginebra y sus protocolos se prohíben, entre otras cosas, los medios y los métodos militares que “no distinguen entre las personas que participan en los combates y las personas que no toman parte en los combates, a fin de respetar la vida de la población civil, de las personas civiles y los bienes civiles”; las que “causan daños superfluos o sufrimientos innecesarios”; “causan daños graves y duraderos al medio ambiente”.

Sin embargo, este tratamiento de los eventos tiene un antecedente cuyas bases necesitan asentarse en las políticas de los distintos países que hoy reciben cual efecto “boomerang” las consecuencias de sus intervenciones en territorios que hace años se disputan entre la permanencia del antiguo régimen y el incipiente nacimiento de lo que pretende ser “algo” parecido a la democracia.

RESPONSABILIDAD(ES), VISIONES Y VIOLENCIA(S)

La violencia militar no es la única con la que deben convivir los refugiados. Diversos tipos de violencias los acechan en una medida directamente proporcional a sus posibilidades de salir y superar la situación que enfrentan. Entre ellas podemos mencionar la violencia mediática por la manera en cómo se comunican los hechos y temas.

Todo este escenario que se presenta en los medios de comunicación, redes sociales y periódicos impresos nos genera estupor, desconcierto, tristeza, pero sólo capta nuestra atención por algunos minutos porque volvemos de inmediato a nuestra realidad hasta que otro titular nos atrapa por algún otro corto período de tiempo. ¿Se han topado alguna vez los periodistas, líderes mundiales, revolucionarios de escritorio y ciudadanos de las metrópolis de las potencias que sostienen el conflicto en la guerra, con pequeños desabrigados o personas con las manos gastadas de levantar escombros en busca de algún so-

breviviente? ¿Han tenido frente a sí a un padre abrazado a sus hijos, o han mirado a los ojos para encontrarse con otros llenos de temor y desesperanza de aquel que no sabe a dónde ir? ¿Han caminado entre las interminables tiendas que conforman callecitas en los campos de refugiados de Jaabalía, Al Zaatari o Yarmouk?

La responsabilidad de los medios en la construcción de un ideario del “refugiado” también favorece a la violencia: si bien conmueve e informa, presenta al refugiado como una persona que colabora al desorden, aporta a la crisis y lleva el caos a cualquier comunidad. Ni hablar de las sistemáticas afirmaciones que vinculan a los refugiados y desplazados con la coyuntura de los ataques propiciados por organizaciones terroristas: la estigmatización y falta de sensibilidad frente a quienes no tienen manera de defenderse de tales consideraciones.

¿Cuánto se sabe, si no es por cortos flashes televisivos, de la tarea de las organizaciones internacionales, de los voluntarios que día a día colaboran para salvar vidas, aplacar los dolores y llevar algo de esperanza a esos interminables caminos de tiendas que dan forma a los campamentos que han pasado de ser transitorios a permanentes? La violencia también se hace presente en las condiciones de hacinamiento, la falta de acceso a bienes básicos, de asistencia médica y de acciones de educación y apoyo que no alcanzan para la toda la población que reside en los campos que atraviesan Croacia, Atenas, Macedonia, Líbano, Siria, Jordania y otros tantos como los de Kenya y Sudán del Sur.

La violencia se fortalece con la imposibilidad de compartir la angustia porque la barrera del idioma muchas veces parece como indestructible; donde la falta de espacios para una adecuada atención hospitalaria une al sano con el enfermo, al niño con el adulto, al joven con el anciano, al que aún guarda esperanzas con el que nunca saldrá de allí.

Por otro lado, la violencia que se manifiesta frente al cierre de fronteras y decisiones de repatriaciones forzadas, de ciudadanos que cierran sus brazos y que propician alarmas e insultos contra quienes vienen a “invadir” y representan una amenaza para su seguridad. Muchos países europeos no saben qué actitud tomar y cómo atender a la crisis de refugiados, ni expresan solidaridad con el resto de los países (como Líbano y Turquía que diariamente atienden entre 2 y 3 millones de refugiados) y sólo reaccionan frente a la exigencia de la ciudadanía (muchas veces “testeadas” por medio de encuestas) que exhorta a los mandatarios de Estado a brindar respuesta frente a la demanda de los más necesitados, destinado recursos o estableciendo cupos de asilo.

UNA LECCIÓN DE HUMANIDAD

El mundo entero también se conmovió con la presencia del equipo de refugiados durante su desfile en la jor-

nada inaugural de los juegos olímpicos de Río de Janeiro. Diez historias de vida, diez procedencias geográficas distintas unidas por un mismo motivo (escapar de la guerra), se hicieron presentes a través de los atletas que durante varias semanas dieron ejemplo de valor y perseverancia y de cómo es posible superar la adversidad y transitar los pasos para construir una alternativa de futuro.

Al mismo tiempo que se desarrollaba la competencia, los Cascos Blancos de Siria eran nominados como candidatos a recibir el Premio Nobel de la Paz por su tarea de búsqueda y rescate de personas y por su acción humanitaria desarrollada por voluntarios desde que comenzaron los ataques en varias ciudades de ese país.

En paralelo al dolor, los ataques, el estupor y las necesidades, otros rasgos del carácter del ser humano salen a la luz en distintos ámbitos y de diferente manera: la solidaridad, el esfuerzo desinteresado, vidas salvadas, esperanza y voluntad; resiliencia: todos aspectos que a través de sus referentes en persona pugnan por abrir un camino ejemplificador hacia la superación de la adversidad y muestran otra faceta de lo que nos suele marcar el titular o “headline” que anuncia otro capítulo del conflicto.

NO DEJAR A NADIE DETRÁS

Como contrapartida de las historias inspiradoras nos encontramos con una comunidad internacional que sostiene una actitud dubitativa. Frente a ello y a poco de cumplir setenta años de vida, la Organización de las Naciones Unidas a través del Alto Comisionado convocó al primer encuentro humanitario para tratar temas inherentes a la actual crisis humanitaria. En dos días, más de seiscientas organizaciones y representantes de todo el mundo se reunieron bajo la consigna “los líderes mundiales no tienen otra opción que la humanidad”. La pregunta es entonces: ¿cuándo dejaron de pensar en las personas? Y si fue así, ¿cuáles fueron los motivos por los cuales ha sucedido aquello? La agenda y los puntos de acción contemplados trataron, entre otras cuestiones, la prevención y fin de los conflictos; la necesidad de invertir en la humanidad, respetar las reglas de la guerra y “no dejar a nadie atrás”.

Por algunas horas, los medios internacionales nos dieron la sensación de que por fin la situación de miles de víctimas y desplazados sería resuelta, que los países avanzarían en soluciones concretas, que seríamos protagonistas de una jornada histórica para la mesa de negociación internacional. Seguramente éste sea el inicio de un largo camino que tenga en agenda la problemática de los refugiados y las víctimas del desplazamiento forzado. Sólo queda observar y mantener una actitud optimista.

Mientras tanto, la realidad de los refugiados sigue siendo otra. Ni los medios, ni los artículos y mucho menos los 140 caracteres de una red social, pueden reflejar fielmente las historias, vínculos, sueños y proyectos que han

quedado bajo las aguas del mar, de las horas de juego perdidas de los niños, de las reuniones familiares que ya no se podrán concretar, de los cultivos y siembras de las tierras que los vieron nacer, o de las personas que desde hace una década transcurren su vida dentro de un campamento, no sabiendo si el mundo tiene algo diferente para ofrecer o que ese mundo en muchas partes los rechaza. Ni siquiera el reflejo de la nostalgia desplegada en las palabras de quienes a pesar de todo sueñan con poder regresar a sus tierras algún día muy lejano, cuando el conflicto termine. O las ansias de los que, entendiendo que el huir es la única alternativa, sienten sin embargo que en algún lugar incierto una oportunidad les espera.

A menos que los líderes políticos muestren la voluntad de prevenir y poner fin a las crisis, habrá pocos cambios para los millones de niños, mujeres y hombres que están atrapados en esta realidad. Los referentes mundiales, incluyendo los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU deben poner a la compasión y el valor en el centro de la toma de decisiones colectiva. Deben analizar el riesgo de sus intervenciones y actuar pronto para cortar de raíz los mismos. A su vez, deben utilizar toda la influencia que tengan (política, económica y de otro tipo) para encontrar soluciones y dejar de lado de una vez por todas, las divisiones para invertir en sociedades pacíficas y no excluyentes; aportando mientras tanto a voluntarios y organizaciones que brindan asistencia humanitaria y que ayudan a contener a las miles de víctimas producto del conflicto.

Debemos volver a proteger a los que protegen, garantizar el respeto a las reglas humanitarias. Sólo así empezaremos a ver una actitud real para lograr la paz y confiar en que existe una verdadera intención de solucionar aquello que solamente trajo sufrimiento y destrucción.

Tengamos siempre presente que la condición de refugiados implica no tener opción. Lo que está en juego al huir es la sola posibilidad de la supervivencia. Nosotros, los que no corremos, los observadores pasivos, tenemos otra misión que es parte de la interpelación a nuestra condición humana: la de solidarizarnos respetuosamente frente a su dolor y acompañarlos a hacer más llevadero el proceso de integración dentro de nuestras comunidades.

Sólo así podremos superar el fenómeno político y mediático que a diario intentan mostrarnos flashes, fotos, imágenes acerca de un “refugiado” estereotipado. No contribuyamos con ningún tipo de violencia que altere nuestra capacidad de ser solidarios, de respetar la dignidad de las personas o que nos impida ser sensibles frente a otro ser humano. •

Notas

¹ ACNUR: “Tendencias mundiales sobre refugiados” (2016) Disponible en <http://www.acnur.org>.

² ICRC: “Principios de Derecho Internacional Humanitario”. Disponible en <http://www.icrc.org>.